

Número 16

1.º de agosto

1915

# San Selerín...

Periódico para los niños



Dirigido por

Carmen Lira y Lilia González

Se publica quincenalmente en San José de Costa Rica

Toda la correspondencia  
debe ser dirigida  
al apartado núm. 825

Precio: 5 cts.

# SAN SELERIN

PERIÓDICO PARA LOS NIÑOS

## LAS ARAÑAS DE AGUA

¿Han oído hablar ustedes de los buzos? Estos son hombres que trabajan debajo del agua. Las perlas, los corales y las esponjas, se encuentran en las profundidades de los mares y hasta esas profundidades bajan hombres a buscarlas. Algunos pescadores de perlas y de esponjas, pueden estar algún tiempo bajo el agua sin ningún aparato, pero los buzos que tienen que pescar a grandes profundidades, usan un aparato llamado campana de buzo o escafandro. Tal aparato los mantiene secos y les permite respirar con facilidad entre el agua.

La campana del buzo no es una invención del hombre como puede creerse. Muchos miles de años antes de que él inventase este medio de respirar y conservarse seco entre el agua, una araña había salvado esta dificultad.

Se conoce generalmente a este insecto que se sirve de un aparato parecido al escafandro, con el nombre de araña de agua, pero en latín tiene también un nombre que significa nadador de plata. Es la apariencia de este insecto bajo el agua, el que la ha hecho merecer este nombre: tiene en la parte de atrás o posterior del cuerpo, unos pelos largos y con la punta en forma de gancho. Cuando sale del estanque o laguna en que vive, el aire queda como si dijéramos enredado en estos pelos y al volver a entrar en el agua, este aire hace que se forme entre tales pelos una burbujita o bombita, parecida a



1. Las campanas o casas de las arañas en el fondo del agua.
2. Araña bajando con la burbuja de aire.



esas que se hacen sobre el agua cuando cae un chorro fuerte. La arañita, al pasar a través del agua con la parte posterior envuelta en la burbuja, parece una bolita de azogue o de plata. Ésta araña hace su casa, con materia de su propio cuerpo, como las arañas que todos conocemos, pero no es una tela simplemente, sino que tiene la forma de un dedal o de una campana. Con hilos que ella misma hila, amarra su casa de las algas y otras plantas que crecen en el agua. La entrada está debajo. Para vaciar la campana que, como es natural, tiene que estar llena de agua, la araña se pone a la entrada y deja escapar la burbujita que traía enredada entre los pelos; ésta sube hasta la parte superior de la casa y hace salir una gotita de agua. Luego sube otra vez al aire libre, trae otra burbuja y así sigue hasta que desaloja toda el agua y llena la campana de aire, que renueva tan pronto como sea necesario.

La hembra pone huevos dos veces al año: una a principios del Verano y otra en el Otoño. Los primeros son incubados en poco tiempo, y tan pronto como las arañitas salen del huevo, se ponen a hacer sus casas en forma de campana para irse a vivir. Después que la hembra ha puesto los huevos del Otoño, cierra la entrada de su casa y pasa el invierno durmiendo al lado de ellos, esperando que el calor de la primavera haga salir a las arañitas.

Cuando un macho y una hembra de estas arañas se van a casar, el macho teje una campana al lado de la de la hembra, y hace entre las dos un pasadizo para poder ir de una a otra sin mojarse.

Las arañas de agua se alimentan de insectos acuáticos y de las moscas y mosquitos que vuelan sobre la superficie de las lagunas y de los estanques en que viven.

Arreglo sobre el trababajo «Las arañas de agua» de

R. I. POCOCK

## EL CABALLO DE TÍO CONEJO

Tío Conejo era muy dado a fanfarronear.

Un día estaba hablando con algunos amigos de caballos de montar: que él sabía cabalgar muy bien y *que esto y que lo otro*. Los amigos se burlaron y le dijeron que quién lo metía a él hablando de esas cosas, cuando ni caballo tenía.

—¿Que no tengo? ¡Ay, Dios mío!—exclamó tío Conejo—cuando poseo el mejor caballo de montar que hay en el país, y este caballo es tía Zorra.

Como en esta vida todo se sabe, tía Zorra supo la fanfarronada de tío Conejo; fué donde los amigos de éste y les aseguró que ella al punto iba a hacer que aquel *rajoncillo* desdijese sus palabras. Y aguarden aquí—añadió—para que vean el mal rato que le voy a dar.

Y diciendo y haciendo, corrió a casa de tío Conejo y le dijo en tono amistoso:

—Tío Conejo, sns amigos tienen una fiesta y yo les ofrecí venir a buscarlo.

Pero tío Conejo pensó: ¿a dónde irán a parar estas mieles? *No me la hacen buena...* Y así le contestó que estaba muy mal de los pies y que no podía caminar.

Tía Zorra le dijo que por eso no lo hiciera, que ella lo llevaría sobre su espalda.

—Bueno—dijo tío Conejo—pero yo no podré montar sobre usted si no le pongo silla y rienda.

Tía Zorra convino y Tío Conejo la aparejó convenientemente, y, mientras la otra no lo veía, se puso un par de terribles espuelas.

Primero caminaron tranquilamente.

—Tío Conejo no sabe la que se le prepara—pensó tía Zorra. Yo le enseñaré que tan así no más no me ha llamado su caballo de montar.

Y hete aquí que se puso a dar unos brincos desaforados, ya hacia adelante, ya hacia atrás, ora a la derecha,



ora a la izquierda. Tío Conejo se mantuvo firme y le metió las espuelas, hasta que la obligó a quedarse tranquila.

Enseguida la llevó al establo y entrando despacio en la casa dijo a sus amigos: no les había contado que tía Zorra era mi caballo de montar? Ahora *él* es un poco salvaje, pero pronto lo haré *mansito*.

Y tío Conejo los llevó al establo para que viesan su caballo de montar.

Cuando la fiesta se terminó, tío Conejo fué en busca de su cabalgadura y montó sin ninguna dificultad. Tío Conejo no iba nada tranquilo, porque le parecía extraño que tía Zorra estuviese tan pacífica.

Y tenía razón, porque de pronto tía Zorra se dejó caer y comenzó a rodar, y tío Conejo tuvo que zafarse ligero para que no lo cogiera debajo. Mientras tía Zorra se ponía de nuevo sobre sus pies, tío Conejo partió en carrera tan ligero como sus piernas se lo permitían y logró meterse entre el hueco de un árbol antes que su enemiga, que corría tras él, lo alcanzase. Felizmente el hueco era muy pequeño para el cuerpo de tía Zorra.

—Aunque usted se esté allí dentro cien años, lo esperaré—dijo furiosa tía Zorra. Algún día saldrá y entonces... encomiéndose a Dios.



Tío Conejo no contestó, y en esto estaban, cuando pasó tío Gavilán.

—Permítame un momento, tío Gavilán—dijo tía Zorra. Tengo aquí encerrado al viejo tío Conejo dentro de este tronco. ¿Quiere cuidármelo mientras voy a buscar una hacha?

—Con mucho gusto—contestó tío Gavilán. Y se puso a hacer centinela a la entrada del hueco.

Tía Zorra se fué en busca del hacha.

—¡Hola, tío Gavilán! ¿Con que está usted aquí?—gritó el prisionero. ¡Viera que ardilla más gorda hay aquí dentro! ¿Por qué no la coge?

—¿Y cómo hago?

—Muy fácil—contestó tío Conejo. Hay otro hueco más pequeño que éste del otro lado del árbol. Usted se pone frente a él y yo la *espanto* por aquí para que salga.

Tío Conejo hizo un ruido como si quisiera hacer salir a alguien: st, st.

Tío Gavilán corrió del otro lado para coger la ardilla, y, entre tanto, tío Conejo escapó hacia su casa como un relámpago.

## LA MOLINERA

«La poesía que va a continuación es de uno de los mejores poetas portugueses, de Guerra Junqueiro. En ella ha querido pintar un sencillo y dulce cuadro: una anciana que va hacia la hora del crepúsculo de la tarde, con su asno, a llevar al molino su trigo para que lo muelan».

Por la senda llana, los dos, tras, tras, tras,  
van un rucio y una viejecica errante:  
van los dos ligeros, dale que le das,  
antes que anochesca, mudos; tras, tras, tras,  
detrás la viejuca y el rucio delante.

Tras, tras... La viejuca va para el molino  
ochenta años cuenta, bien cumplido estol!  
y está alegre, en este goce matutino,



tras, tras, y es tan fresca como el blanco lino  
puesto en las mañanas a secarse al sol.

Va sin cabezada, en libertad franca  
el rucio lustroso de parda color;  
no le herraron nunca, nunca usó retranca:  
y tras, tras, le aguija la viejuca blanca  
con un verde tallo de retama en flor.

Viendo a esta viejuca corcovada y lenta  
tras, tras, qué recuerdos de antigua quietud!  
mi abuelica ciega se me representa:  
yo era de seis años, ella era de ochenta;  
quien me hizo la cuna le hizo el ataúd.

Y tras, tras, tú sigues, lindo borriquito...  
Para mis rapazas traédmelo aquí!  
Nada más gracioso, nada más bonito:  
cuando fue la Virgen camino de Egipto,  
a lomos iría de un borrico así.

Tras, tras, es ya tarde, molinera santa!  
Nacen las estrellas, clara muchedumbre...  
Tras, tras... que mañana, cuando el gallo canta,  
madre molinera, corre y se levanta,  
a vestir los nietos y a encender la lumbre.

Tras, tras, y el pollino que se pavonea,  
cómo trisca, al logro del camino llano!  
ganas me dan, viendo su humilde ralea,  
de irme a la parroquia blanca de la aldea,  
para bautizarlo y hacerlo cristiano.

Tras, tras, tras y la molinera abuela  
va toda empolvada como a un festival:  
porque la empolvaron la cara y la tela,  
con callada harina la sonante muela,  
los ángeles rubios con claror astral.

Tras, tras, el borrico sigue su camino...  
y qué remembranzas va dejando en pos!  
Contaba mi abuela, con su hablar cansino,  
que era así, como éste de manso, el pollino  
que adoró en las pajas al Infante Dios.



Anochece... Suenan los bronces lejanos...  
molinera blanca, de blancor de luna!

Tras, tras... y por verte pasar tus hermanos  
los astros, entreabren, piadosos y humanos,  
sus ojitos dulces de niños de cuna.

Tras, tras, y mirando blancura divina,  
entre las estrellas la luna sin velo,  
piensa el rucio: «Dios me valga vecina!  
quién será el que muele tanta rubia harina  
con la muela blanca que está allá, en el cielo?»

GUERRA JUNQUEIRO

## EN LO QUE PARÓ EL BAILE

Una hormiguita fué a un baile y al regreso le sorprendió un aguacero. Su lindo vestido de seda celeste se salpicó de agua y barro y las zarpas le llegaban hasta media falda. Para alivio de males se perdió, y después de andar de aquí para allá, encontró un hongo y bajo él buscó abrigo. Temblaba de frío y miedo, cuando vió acercarse una lucesito: era una *candelilla* que le dijo llorando: ¡ay de mí! Esta noche me recuerda los tiempos del diluvio; creo que nunca más veré seco mi cuerpo.

La hormiguita se alegró mucho y la invitó a sentarse en una piedrita que estaba allí cerca.

No había pasado mucho tiempo cuando vieron acercarse un grillo que venía de la ciudad, de dar una serenata, con su violín bajo el brazo. La hormiga lo llamó y le dijo: aquí no nos mojamos, y la *candelilla* nos da luz con su linterna. Venga, siéntese, y nos toca una pieza. El grillo convino y se puso a tocar el vals de la «Viuda Alegre».

En esto pasaron un abejón y un caracol. «¡Hola!» —dijeron—¿con que están ustedes en parranda? ¿No



convidan? Como no, como no—gritaron todos—pasen adelante y echan su bailadita. Con eso se calientan.

Cuando estaban en lo mejor del baile, llegó la dueña de la casa, que era una pequeña rana verde. Al





ver aquella bulla en su casa, se puso furiosa y les gritó: atrevidos, malcriados, salgan de aquí ligero. ¿No habrá un *policía* que vea esto? Ya una no va a poder salir de su casa. Y comenzó a repartir paraguazos.

La hormiguita se desmayó, el caracol se metió dentro de su concha y los otros huyeron llenos de vergüenza.

Así terminó aquel baile improvisado, que se formó al rededor del sonoro violín del maestro Grillo.

---

## ANDRESILLO

¡Santo Dios! ¡Qué vió Andresillo al salir a la puerta de su casa, que le hizo sorberse la pieza que silbaba y abrir sus ojazos de tal manera que parecía le iban a comer toda la cara?

—¡Han cogido a *Cholo!*—gritó: y quitándose la gorrilla echó a correr con todas sus fuerzas.

Pero todo fue en vano. Las amenazas y las súplicas de Andresillo no pudieron conmovier a aquel mal hombre, a aquel aborrecido *Tigrilla* que se alejaba por la media calle, arrastrando al pobre perro que lo seguía resistiéndose. Era inútil que se afirmara en sus patas traseras o que ladrara desesperadamente; el sogueador de perros tiraba de él con crueldad y lo obligaba a seguirlo. El niño habría salido corriendo tras su perro que le arrebataban, si un *policía* no lo hubiera detenido.

Un rapazuelo, camarada de Andrés, se acercó y le dijo: debes apurarte a ir por tu perro porque si no lo matan; yo creo que aguardan tres días no más.

El muchacho volvió a su casa paso a paso. Algunas personas pasaron a su lado sin fijarse en la pequeña figura que con los labios apretados, la gorrilla caída de un lado y las manos metidas en las bolsas de los minúsculos pantalones, caminaba restregándose contra las

paredes. ¡Y cuánta amargura había en ese corazón de siete años!

El había preguntado al policía que cómo hacía para que le devolviesen su perro y aquel le contestó que tendría que pagar once colones. ¿Qué hacer? De dónde tomaría él once colones? Uno *liquido* era todo lo que sonaba entre su alcancía. ¡Qué tonto había sido! Antes pensaba que tener un colón significa poseer mucho dinero y ahora comprendía que tal cantidad es una miseria. ¡Once colones! ¡Cuánto dinero! ¿A quién pedirlo? ¡A su padre ni para qué pensar! El y todos los de casa, acabando por la cocinera, bien aborrecido tenían al pobre *Cholito*. Pero, ¿por qué no lo querían? Ciertamente que a veces era tan goloso el maldito! *Esa era la cosa*. Pero también si era goloso era porque se quedaba con hambre. Ahora, ¿por qué dicen todos que *Cholo* es feo? Tan tristes que tiene los ojos y luego aquella monada de cola, una colilla *chonca* que le luce tanto!

Andrés sollozó. Le pareció que al entrar a su casa le salía a recibir la pequeña figurilla negra de su can, flaca, vivaracha, poniendo tiasas las orejas a cada movimiento.

Metióse tras una puerta y apoyó la frente en la pared. Oía el ruido de los platos al colocarlos en la mesa, pero él no sentía ganas de almorzar ¡qué iba a sentir con el gran nudo que tenía atravesado en la garganta...! Su madre lo llamó.

Arrastrando los pies se acercó al comedor.

—Levanta esos pies, hijo—habló la madre.—¿No te enseñan en la escuela a caminar?

—¿Qué le pasa a este señor?—dijo el padre al verlo entrar con la cara baja y los ojos enrojecidos.

—No quiero almorzar—fue lo que replicó Andrés.

—¿Que no quieres? ¿Por qué? ¿Te castigaron en la escuela? Ya sabes que a mí no se me habla de no querer comer.

—Es que *soguearon...* a *Cholo*—murmuró, y en su



pequeña cara se notó el esfuerzo que hacía por no llorar.

El padre rió y los hermanos mayores hicieron coro. Andrés sintió deseos de arañarlos.

—Gracias a Dios, hijo, no sabes cuánto me alegro; tu madre se contentará más aún. Ya ese perro nos tenía aburridos con sus robos y sus fechorías.

—Ayer no más, se llevó las dos libras de lomo,— agregó toda consternada la mamá.

¿Para qué alegar nada? Bastante conocía Andrés lo mal querido que era *Cholo* en su familia.

¡Las barbaridades que tenía hechas! A su hermana Merceditas le había estropeado aquel par de zapatillas blancas tan nuevas y tan bonitas, por lo que nunca acababa de lamentarse la niña; una de las pantuflas de su padre, bordadas por la abuelita que había muerto, no la encontró una mañana el buen señor junto a la cama, porque *Cholo* había decidido echarla entre un *caño*. ¡Y las atrocidades que acostumbraba hacer en la sala y en los dormitorios, cuyos pisos eran los ojos de la cara de la tía Eulalia y de su madre! ¡Ah! si *Cholo* se había *pasado* hasta en los ojos de estas buenas señoras! ¿Y qué hablar de las golosinas que hacía diariamente?

Si hasta cierto punto aquel diablillo negro tenía culpa de que no lo quisieran. Pero, todas sus malas acciones le daban a él, a Andresillo, tanta risa!

El chicuelo casi no probó bocado.

Mustio y cabizbajo, con la gorrilla ladeada y las manos en los bolsillos se marchó a la escuela. Ese día la maestra no fué víctima de sus travesuras; tampoco la clase se alegró con el gorgojo de su charla ni la risa vino a hacer nidos en sus mejillas. ¡Para camanances estaba él ese día!

La única vez que habló fue para preguntar a la maestra si a ella le parecía que once colones hacen una gran cantidad de dinero.

El toque de la campana que llamaba a recreo, no hizo como en otras ocasiones, brincar de alegría su co-

razoncito, que siempre parecía en lo asustadizo y juguetón un ternero recién nacido.

Recostado a un árbol pensaba en *Cholo*. ¡Pobre *Cholo*! ¡Cómo se había dejado coger! ¡Ah! Ese día cuando llegara a casa, no tendría con quién echar su jugadita. ¿Qué estaría haciendo el perro? Seguro que echado en un rincón, pensando en él. ¡Si su padre supiera lo que Andresillo quería a *Cholo*...! seguramente le daría los once colones.

¿Vas esta noche a vender *La Linterna*?—gritó un chico tras él a otro que pasaba.—Ven conmigo que no deja de ganarse algo.

Andrés tuvo una idea. Se acercó al que había hablado y le preguntó si por vender *La Linterna* se gana, cuánto y dónde tendría que pedirla.

—Hoy es viernes—dijo el otro—esta noche sale, si quieres paso por tí y vamos al Barrio Amón, donde vive el señor *que la hace*...

Después que comió se escabulló y fue a situarse con una bandada de chiquillos traviosos y bullangueros frente a la casa del director de *La Linterna*. No tenía deseos de jugar y se estuvo sentadito en la grada sacando cuentas con los dedos y pensando en *Cholo*.

Esa noche hizo lo que pudo. Primero imitó a su compañero y luego trabajó por su cuenta. Tocaban la retreta en el Morazán y él se metió entre el barullo de gente voceando su mercancía. Aquello de vender periódicos era una novedad para él y llegó un momento en que hasta se olvidó de su perro. ¡Qué raro le parecía oír levantarse su voz fina que dominaba la bulla. Las palabras salían con fuerza de su garganta y él las dejaba caer sobre la gente, juguetonas y alegres como un puñado de confetti: «*La Linterna*, a diez centavos».

Cuando regresó a su casa sintió temor; metióse los periódicos entre la blusa. La madre lo reconvino por llegar tan tarde; felizmente el papá estaba ausente.



Otro día matarían a *Cholo*... no quedaba ninguna esperanza. De los cincuenta números de *La Linterna* que le habían dado sólo veintisiete había podido vender a pesar de que hizo todo lo que estaba a su alcance. ¡Y las dos *regañadas* que se llevó por las dos noches que se había *zafado* a vender el periódico.

El dinero que había ganado por esta venta estaba tan lejos de llegar a once colones! Pero él no se resignaba a la idea de que mataran al *Cholo*. El había estado ese día y el anterior a verlo allá donde llevan a los perros, a un patio en el que entre una especie de jaula muy grande, meten a los que han cogido. El le había llevado pan y carne que consiguió coger a escondidas de la cocinera. ¡Qué contento se puso cuando lo vió! Paraba las orejas, ladraba y erguía aquel adminículo suyo tan simpático, su pedacito de cola que agitaba con la misma alegría con que cualquier hombre agitaría su sombrero al ver acercarse un amigo que no ha visto en mucho tiempo.

Sin embargo, *Cholo* tendría que morir. Un hombre le dispararía un balazo y el perro caería patas arriba para no volver a levantarse nunca; así le había dicho un compañero que sabía del asunto, a Andrés.

—*La Linterna, La Linterna!* gritó una vez más con voz desmayada. Estaba en la esquina del Imperial, pero él no veía ni oía los tranvías que pasaban ni los automóviles que se alejaban sonando sus sirenas, ni a los transeuntes que caminaban riendo y conversando. El no pensaba más que en su perro tendido patas arriba, muerto. La orquesta que tocaba esa noche en La Magnolia, preludió un vals.

¿Por qué aquella música lo hizo sentirse tan triste? no podía más: se alejó un poco por una de las calles laterales y refugiándose en el hueco de una puerta, comenzó a sollozar cubriéndose la cara con los periódicos.

—La lotería. Aquí está el gordo,—gritó una voz fresca junto a él. Alguien se detuvo y puso una mano

sobre la cabeza de Andresillo; éste la levantó y reconoció al muchacho que estaba a su lado.

Era Vargas, un compañero de escuela que cursaba el tercer grado, uno a quien Andrés quería porque muchas veces lo había defendido cuando uno más grande quería pegarle; a veces le traía a caballo desde la escuela hasta la casa y algunas veces también lo había hecho rabiarse diciéndole que si quería *ver a Dios*, lo cual consistía en tomarle la cabeza entre las manos y suspenderlo.

A Andrés le parecía un hombre porque usaba *calzones largos*.

—¿Has perdido la plata, Sáenz? ¿Por qué llorás?

El pequeño no contestaba, seguía sollozando.

No llorés más, si no voy a creer que no *sos* un hombre.

A esto el chiquillo saltó como una explosión;—es que mañana matan a *Cholo*; yo quería ajustar once colones vendiendo *La Linterna*, para sacar mi perro, pero ya ves, sólo veintisiete he vendido... y mañana matarán a *Cholo*... le darán un balazo! Y yo no quiero que lo maten, no, no, pero no tengo de donde tomar once colones.

—¿Quién es *Cholo*?

—Mi perrito negro ¿no lo conocés?

—¿En tu casa no te darán el dinero?

—¡Qué va! En casa más bien están contentos, porque allá nadie quiere a *Cholo*.

Andrés volvió a sollozar.

Vargas no dijo nada; sentóse al lado del chiquillo, el cual lo vió por un rato mover la cabeza y le pareció oír algo como si por la garganta de Vargas pasaran tragos muy gruesos.

Por fin habló:—*mirá Sáenz, ¿cuánto dinero tenés?*

—Un colón en mi alcancía y lo que he ganado por vender veintisiete *Linternas*.

—Bueno. Yo... hace días estoy guardando dinero para comprar un vestido... tengo diez colones *vos tenés* uno... ya son once. ¿Los querés? Vargas echó una ojeada por su pobre vestido. Los codos parecían narices que



asomaban por las mangas rotas. Pasó su mano por los viejos pantalones tan llenos de remiendos como si los acariciara y los exhortara a tener paciencia.

—¿Y tu vestido? Preguntó Andrés.

--Como yo vendo periódicos y lotería, pronto volveré a ajustar. No te *apurés*.

No hubo que convencer mucho al niño, el cual se acostó esa noche sonriente, a pesar del *jalón de orejas* que le dió la mamá por llegar tarde a casa.

Otro día muy de mañana *Cholo* estaba en sus brazos; y aunque le puso la blusa como no deseaba la vieira la madre, a él no le importó.

Con la cara hecha una fiesta, porque había iluminación de ojos, exhibición de blancos y menudos dientes, y camanances en las mejillas, regresó a casa.

Aquí vinieron las averiguaciones de que cómo había sacado el perro y que de dónde había tomado los once colones. El padre se conmovió mucho cuando el niño le contó la acción de Vargas. Fué a la escuela y abrazó al muchacho delante de todos y refirió el bello hecho.

Otro día Andresillo le llevó de parte de su padre un vestido con un billete de diez colones en uno de los bolsillos. Al entregárselo le dijo con vocesilla trémula: Vargas, te quiero mucho, más que a mis hermanos... y moviendo la cabeza como Vargas la moviera en otra ocasión y tragando algo tan grueso como el salvador de *Cholo* tragó una noche, le dijo: te regalo a *Cholo*.

Vargas sonrió. Al cabo de un rato de pensar, dijo: sé que eso es para *vos* un gran sacrificio. *Guárdate* tu perro, chiquillo, que yo nunca podría quererlo como lo *querés vos*.

Todo conmovido Andrés, y en su afán de que el otro comprendiera lo que pasaba en su interior, exclamó con los ojos llenos de lágrimas:—*Si querés haceme ver a Dios* y verás como no me enojo.

CARMEN LIRA